

La Disciplina en la Iglesia

Introducción: La Importancia de la Pureza en el Cuerpo de Cristo

La disciplina eclesiástica representa uno de los aspectos más delicados y fundamentales de la vida congregacional. Como señala la sabiduría popular, "la manzana podrida corrompe a las demás", un principio que encuentra su fundamento bíblico en la advertencia de Pablo: "Un poco de levadura leuda toda la masa" (1 Corintios 5:6). Esta realidad subraya la necesidad imperativa de mantener la integridad moral y espiritual dentro del cuerpo local de creyentes.

La disciplina en la iglesia no surge de un deseo de condenación, sino del amor profundo hacia los hermanos en la fe y del compromiso con la santidad que Dios demanda de Su pueblo. Cuando un miembro de la congregación persiste en el pecado sin arrepentimiento, no solo pone en riesgo su propia salvación, sino que también compromete el testimonio colectivo de la iglesia ante la comunidad. El propósito final de la disciplina siempre debe ser la restauración del hermano caído y la preservación de la pureza de la iglesia.

Textos Fundamentales

- Santiago 5:19–20:** "El que haga volver al pecador del error"
- Gálatas 6:1:** "Vosotros que sois espirituales... restauradle"
- Mateo 18:15–17:** "Si tu hermano peca contra ti... repréndele"
- 1 Corintios 5:1–13:** "Limpiaos de la vieja levadura"

Principios Clave

- Autoexamen antes de corregir (Mateo 7:3–5)
- Reconciliación como prioridad (Mateo 5:22–24)
- Separación de divisores (Romanos 16:17)
- Proceso gradual de amonestación (Tito 3:10–11)

Análisis Profundo de los Textos Bíblicos

El proceso disciplinario que enseña la Escritura sigue un patrón claramente definido. En **Mateo 18:15–17**, Jesús establece un procedimiento de tres etapas que debe seguirse meticulosamente. Primero, la confrontación privada entre el ofendido y el ofensor, buscando la reconciliación en el ámbito personal. Si esta aproximación no resulta efectiva, se debe involucrar a uno o dos testigos, ampliando el círculo de intervención pero manteniendo la discreción. Finalmente, si persiste la resistencia al arrepentimiento, el asunto debe llevarse ante toda la iglesia.

El apóstol Pablo, en **1 Corintios 5**, aborda un caso extremo donde un miembro de la iglesia de Corinto vivía en inmoralidad sexual flagrante. La respuesta de Pablo es contundente: "Limpiaos de la vieja levadura", indicando que el pecado no confesado y no abandonado actúa como fermento corruptor en toda la congregación. Sin embargo, en **2 Corintios 2:5–11**, el mismo apóstol insta a la restauración cuando hay evidencias genuinas de arrepentimiento, demostrando que la disciplina nunca debe ser permanente ni vengativa.

El texto de **Gálatas 6:1** proporciona el espíritu correcto para todo proceso disciplinario: "Vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado". Esta actitud de humildad y amor debe caracterizar cada paso del proceso, recordando que todos somos susceptibles a la caída y necesitamos la gracia divina.

Preguntas para Reflexión y Discusión Grupal

1 ¿Con qué espíritu debemos corregir a un hermano?

Según Gálatas 6:1, debemos actuar con "espíritu de mansedumbre", recordando nuestra propia fragilidad y necesidad de gracia. La corrección debe estar motivada por el amor, no por el juicio.

2 ¿Cuál debe ser nuestra primera y segunda acción cuando un hermano peca?

Primero, el autoexamen (Mateo 7:3–5) para asegurar que tenemos la actitud correcta. Segundo, la confrontación privada y amorosa (Mateo 18:15), buscando la restauración.

3 ¿Qué hacer cuando un hermano no escucha la corrección de la iglesia?

Según Mateo 18:17, debe ser tratado "como gentil y publicano", es decir, separado de la comunión pero no abandonado completamente a su suerte espiritual.

4 ¿Cómo tratar a un hermano separado de la comunión?

2 Tesalonicenses 3:14–15 enseña que no debemos asociarnos con él para que se avergüence, pero no como enemigo, sino amonestándole como hermano.

5 ¿Es la disciplina definitiva o puede haber restauración?

2 Corintios 2:5–11 demuestra claramente que la restauración es posible y deseable cuando hay arrepentimiento genuino. La disciplina es medicinal, no punitiva.

Conclusión: Manteniendo la Pureza con Amor

La disciplina en la iglesia no es una práctica opcional sino un mandato bíblico esencial para la salud espiritual del cuerpo de Cristo. Cuando se ejerce correctamente, con amor, humildad y siguiendo los procedimientos establecidos en la Escritura, sirve tanto para la restauración del hermano caído como para la protección del testimonio congregacional ante la comunidad.

El objetivo final nunca debe ser la exclusión permanente, sino la restauración completa del hermano a la comunión plena con Dios y con su pueblo. Cada proceso disciplinario debe estar saturado de oración, búsqueda de la guía divina y un espíritu de mansedumbre que reconoce nuestra propia necesidad de gracia. Solo así la iglesia podrá mantener su testimonio puro y efectivo, ganando almas para Cristo en lugar de alejarlas por causa del mal testimonio.